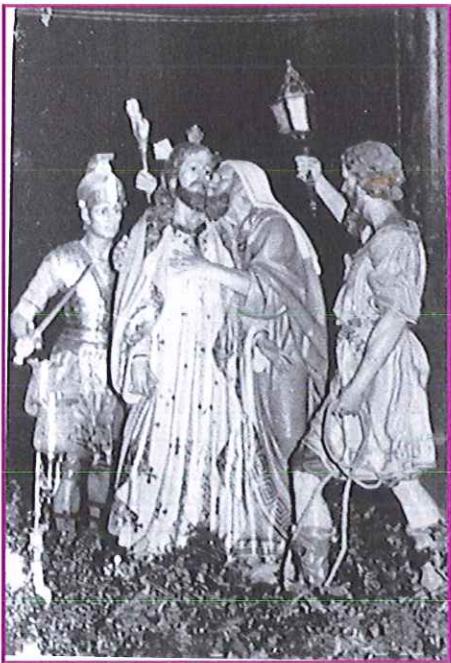




Comisión Pro Semana Santa de Cáceres

PREGÓN *de la* *Semana Santa 1958*

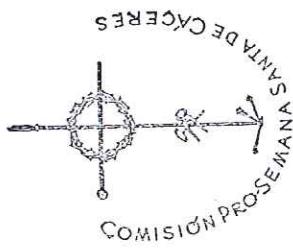


FRANCISCO EL VIRO MESEGUER

Cáceres, Cuaresma de 1958

FRANCISCO ELVIRO MESEGUR

P R E C O N
DE LA
SEMANA SANTA CACERES
COMISION PRO SEMANA SANTA DE CACERES



Abri 1958

X

Excmo. Diputación Provincial
SERVICIOS CULTURALES
CACERES

Fr/1570

10/07/58

Al Ilustre Caceriano

Crón. Dr. Francisco Elviro
Meseguer

Gobernador Civil de Toledo

Ex-Alcalde de Cáceres

La Comisión Pro Semana
Santa Cáceres,

en gratitud a la proclamación
del Segundo Pregón

Abri 1958

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Obispo; Excelentísimos e Ilustísimos Señores Miembros de las Juntas Directivas de las Reales a Ilustres Cofradías de nuestra Semana de Pasión; Comisión que lleva sobre sí, todo el peso de estas magníficas organizaciones; Señoras y Señores; amigos todos:

Dios, en su generosa y constante prodigalidad, me ofrece, una vez más, la ocasión de sumarme, en acción y presencia, a un acto cacereno. Dios me depara esta ocasión, -yo de ello estoy seguro-, porque bien sabe, que nada puede serme más grato, y hasta si queréis, más necesario, que el llegar a esta Ciudad, volver a entrañarme en su vida, recorrer sus calles, abrazar a quienes, sinceramente amigos, me brindan calor y cariño y.... como ahora, contribuir, -siquiera sea en mis modestas fuerzas-, a este acto brillante, donde se ponen en juego fervores e ilusiones, entusiasmo y amor, y que es como el pórtico abierto a estas grandes remembranzas de aquel Drama glorioso, que la Semana Santa significa. Por eso, porque es honor inmenso y desde luego inmerecido, tengo que dar las gracias a quienes de mí se acordaron, para ocupar esta tribuna, y tengo que agradecer,

rendida y sinceramente, tantas y tantas muestras de afecto y consideración, que con generosidad abrumadora, todos me habéis dispensado.

Para tí, viejo y entrañable amigo, Valeriano Gutiérrez Macías, no tengo palabras, que pudieran expresar mi agradecimiento. Te dejátes ganar por los nobles impulsos de tu corazón y has hecho un panegírico de mí, tan inmerecido, como distante de la realidad. Yo solo soy un hombre que pone siempre, cuanto tiene, al servicio de Cáceres y que ofrenda, en esta ocasión, con infinita complacencia, su escaso valer, en aras de esta empresa, de la que todos los cacerenos, somos partícipes. Que Dios te lo pague, en la misma dimensión en que yo te muestro mi imperecedera gratitud.

Pero de manera singular, — porque me sale del alma —, quiero rendir aquí, el tributo personal de cariño, de devoción y de obediencia, a Vos, Señor Obispo, supremo artífice de todas las glorias cacerasñas de los tiempos presentes. Pastor y Padre, corazón encendido de fervores, alma generosa que derrama el dulce bálsamo de la fe ilusionada, y que marca cada día a esta Ciudad, — a esta mi Ciudad tan profundamente querida —, los necesarios rumbos para seguir caminos de nuevas conquistas; en el campo de la fe y de la santificación. Un día, cuando gocé la dicha inmensa de ser Alcalde vuestro, pude decir, que ante Vos, Cáceres solo sabía ponerse de rodillas, para recibir Vuestras bendiciones. De rodillas seguimos los cacerenos en constante oración, porque Dios os done cuanto El estime justo. Y quien como yo, tantas y tantas muestras ha recibido de Vuestro paternal afecto, no podía menos de estimar como un mandato, el deseo de V. E. de que fuese el pregonero de nuestra Semana Mayor, de esta Semana Santa Cacereña, que cada

año ofrece más acusadamente todas sus virtudes, todas sus peculiares características y todas sus infinitas emociones.

* * *

HEME pues, en trance, — ciertamente difícil —, de hablar ante vosotros esta noche, para que sean mis palabras, como anuncio anticipado, de las jornadas que seguidamente haremos de vivir; para que sean mis palabras, heraldos que abran las almas, a las emociones que habrán de sacudirlas, en cada uno de los momentos, en que se conmemoran escenas de la Pasión de Cristo; para que os lleve, — si al fin lograra mi difícil propósito —, el calor emocionado de unas íntimas y personales impresiones, que fueron sedimentándose en mi espíritu, desde aquellos tiempos — hoy tan distantes — en que con los ojos abiertos a las primeras sorpresas de la vida, contemplaba el desfile de nuestras viejas Cofradías.

Llego sin más bagaje que mi corazón ampliamente abierto y que mi voluntad totalmente puesta, al servicio de la atrevida empresa, y como no soy un eruditó, que puede utilizar los recursos que su sapiencia le suministra, ni siquiera he dispuesto del sosiego preciso para afianzar ideas en reposadas meditaciones, he buscado ayuda en el recuerdo y he pretendido reavivar mi espiritu, con la plástica visión de lo que más pudiera acercarme a este ambiente nuestro, íntimo, denso de historia, sincero, penetrante y profundamente emotivo.

Yo tengo, — como también confesaba el gran corazoncacereno, que es Antonio Floriano —, clavada en el alma, la nostalgia de nuestra Ciudad. Pero yo tuve la

fortuna de trasladar mi vida, a otra urbe tan a nuestro sabor, tan a nuestro estilo, que se diría, que aún llega a mis sentidos, en ocasiones, aroma puro de nuestras viejas piedras, y aún percibo el latir de los siglos, en aquellas dormidas plazuelas toledanas, como laten, — densos de historia, de tradiciones y leyendas —, en nuestras plazas impresionantemente solitarias, guardadas de todo sobresalto, por las torres que altivas se recortan, en el cielo azul de las tempranas primaveras.

He querido amortiguar mi perenne nostalgia, reconriendo las estrechas calles de Toledo, para que se socajada, o mejor encajable, en un rincón cualquiera de nuestro barrio viejo; siguiendo el lienzo de sus murallas; llegando al corazón de los típicos barrios que aún hablan de viejas juderías y que me hacían ver, — que no soñar —, a nuestro barrio de San Antonio.

Yo busqué allí, las emociones inefables de las noches de luna, cuando, se clavan en el techo del firmamento transparente, las almenas de las torres guerreras y las espadañas de los campanarios de las casas de Dios. Yo busqué los reposados atardeceres, en que el Sol, — hecho oro —, rompía sus últimos fulgores, dorando palacios de severas fachadas y templos con historia litúrgica de siglos y de siglos. Y abrí mis sentidos, en pos de un horizonte recortado, como es nuestro horizonte que mira a la Montaña y todo lo logré, porque lo que buscaba, — tal vez, sin sospecharlo —, no eran físicas sensaciones, ni material representación; no eran piedras, ni edificios, ni dimensión de espacio, ni accidentes, ni nada que pudiera penetrarnos por los naturales sentidos del cuerpo. Lo que buscaba, lo que necesitaba encontrar, para comprensión a una obligada ausencia, era eso intangible,

entrañable y profundo, — de que Cáceres está saturando —, y que se percibe sólo con los sentidos del alma: es autenticidad, es historia, es tradición, es hidalguía, es señorío, es pureza de estilo, es un cabal sentido de la vida, es una justa supervvaloración del espíritu sobre la materia, es, en definitiva, LA VERDAD: la verdad entera y desnuda, que tiene la elemental belleza de lo auténtico y que surge siempre, penetrante y limpia, por encima de todo.

Verdad que Toledo, ofrece, como si cada día, a cada hora, se labrara más fuertemente densa, en el infinito acervo de su historia; como si en cada instante, la fuese pregonando con música de imperios, en el canto solemne y grave, que eleva hasta los Cielos, el correr rumoroso de las aguas del río. Verdad que está en el ambiente y que no pierde su valor, porque se engarce en la amorosa trama de una leyenda, o en el dulce y sabroso ministerio de viejas tradiciones. Y es ella también nuestra verdad, la de nuestra tierra, la de nuestro Cáceres, la que flota en el aire de nuestros barrios, la que nos hace descubrir los sentimientos, sin falsos velos que pudieran palearlos, la que nos obliga a presentarnos tal cual somos, desprovistos de todo ropaje artificial, la que en esta ocasión nos hace conmovernos ante el drama del Golgota, y nos apiña en nuestros templos para orar, en intensas meditaciones y hace que salgan a la realidad de nuestras calles, esos austeros desfiles procesionales, que solo llevan como adorno supremo y como gala suma, la humilde ofrenda de nuestros corazones traspasados de amor y el mudo cántico de nuestros rezos, que nos brotan del alma.

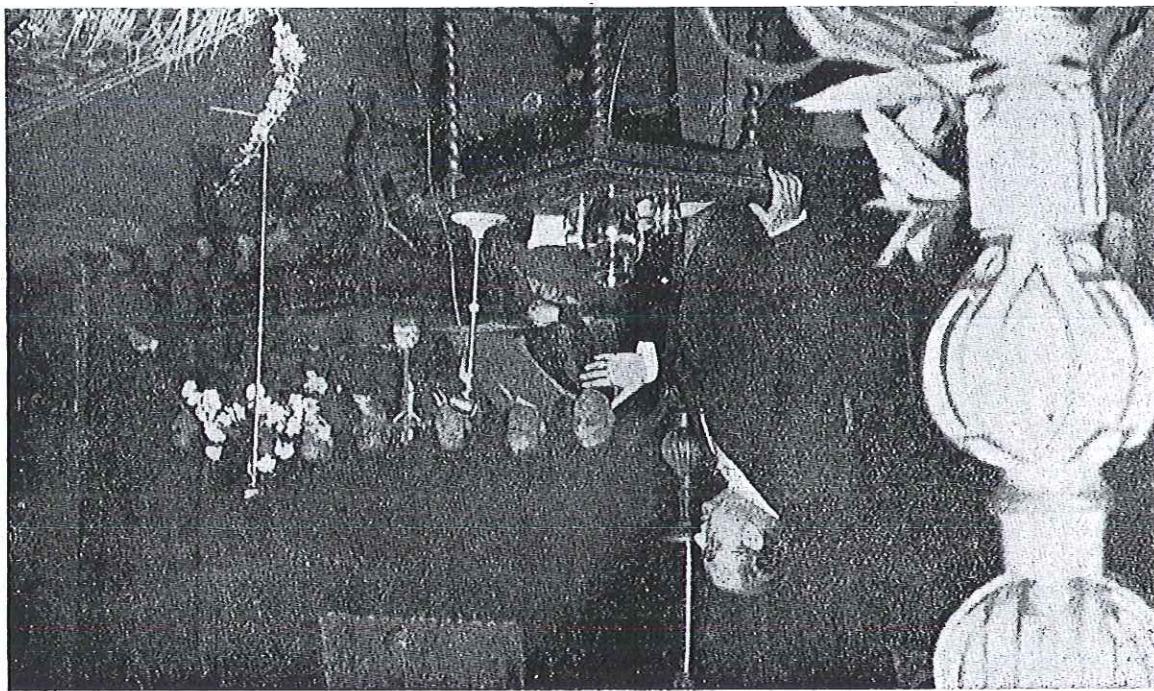
* *



Yo tengo el cometido de hacer el Pregón de la Semana Santa Cacereña. Pesa sobre mí la obligación de hablarlos, — nada menos — , que de la Pasión de Cristo, de las jornadas más conmovedoras, más amargas y a la vez más llenas de dulces esperanzas, que registra la historia de nuestra santa Religión.

La vida de Jesús, es una impresionante cadena de sucesos; unos gozosos, con los que nos llenamos de júbilo, al son de los dulces e ingénuos villancicos, con los que celebramos su Nacimiento; otros sucesos de sabor profundo y que impulsan a la meditación, cuando recorre los caminos de Galilea predicando su Santa Doctrina, cuando habla a sus discípulos y al pueblo que le sigue, desde la barca de pescadores, en el lago de Tiberiades, cuando nos ofrece las parábolas con que nos muestra el Reino de su Padre, cuando resucita a Lázaro el de Bethania, cuando sana a los leprosos, cuando se acerca a la Samaritana para beber el agua fresca que la misma le ofrece, cuando hace de la vida el ejemplo penetrante y vivo de su credo. Pero en esta cadena, hay una larga y densa zona, que se cubre con el manto del dolor. Es la Pasión de Cristo y en ella, todo el mundo cristiano participa y de manera singular participamos, con plena entrega de sentimientos, los españoles, y por cristianos y españoles, somos miembros activos, en la condolencia, en el pesar, en el dolor y en la alegría de un «resurrexi» gozoso y glorioso, los cacereños.

No sé si debiera pediros perdón, por este vértigo obsesionario, que me impulsa, irresistiblemente, a intitularme cacereño. Pero yo os ruego que me disculpéis porque, — sin renegar de nada — , yo me siento siempre siempre cacereño de todo corazón, hermano vuestro, miembro de esta nuestra grande y querida familia y bien sabemos



D. Francisco Elviro Messíger, que
proclamó el Segundo Pregón de la
Semana Santa Cáceres en
Abril de 1958

que son los sentimientos los que nos atan a los lugares donde nuestra vida se forja, y que mi vida forjada entre vosotros, echó raíces profundas, de las que cada día brotan, las flores renovadas, de ferviente cariño a esta Ciudad.

Pero sigamos nuestra ruta y disculparme este pequeño inciso.

Quiero hablaros unos instantes, de nuestra Semana de Pasión. Es tan denso su contenido, llega tan hondo su significado, que cubre por sí sola amplios espacios de la vida humana y llena por entero zonas infinitas de la vida del arte... No solo se nos muestran representadas las figuras de la Pasión, en las inigualables obras de nuestros imagineros, que supieron y pudieron dar el más crudo realismo, — como obra hecha con el corazón —, a sus Nazarenos, a sus Crucificados, y a sus impresionantes Madres Dolorosas; no se representan solo las escenas de la Pasión, en esas tallas de prodigo, que nos llenan de angustias y emociones, cuando desfilan a nuestra vista. Las escenas de la Pasión, atraen tan viva y fuertemente el sentimiento artístico, que se dibujan, con perfiles sonoros, en los acordes musicales de un Juan Sebastián Bach, cuando traza, sobre las líneas de sus emocionados pentagramas, los Poemas de la Pasión de Cristo, según San Juan y San Mateo, allá por el año 1.724; en la inspiración de una Antonio Lotti, cuando compone su «Crucifixus»; del músico vienes José Fux, autor de Jesucristo en el Huerto y del Descendimiento de la Cruz; del gran sinfonista José Haydn, que volcó su alma en las Siete Palabras. Y Beethoven en su Monte de los Olivos, y Liszt con su «Christus» y hasta en los compases impresionantes de su Parsifal, nos ofrece Wagner las muestras vivas de una inspiración pasionista. Berlioz y Gounod

*La presidencia del acto celebrado en
el «Gran Teatro», de Cáceres, en
Abril de 1958, al proclamarse el Se-
gundo Pregón de la Semana Santa
Cacereña*

abren también su espíritu a la inspiración religiosa y Júlio Massenet compone un Retablo Musical, donde el paisaje que se dedica al Gólgota, es pieza lograda de auténtico realismo. Pero no es preciso descender a citas concretas, para llegar a la conclusión, de que, cuantos en el campo de la música gozaron las caricias del genio sagrado, hubieron de sentir, sobre sí mismos, la irresistible fuerza de atracción, que irradiaba Jesús en su tránsito redentor hacia el Calvario. Y tan es así, que varios de los genios que cité y muchos más que ahora acuden a la mente de todos, ni siquiera gozaba de la inmensa dicha de sentirse creyentes.

Después, si queréis acompañarme al campo luminoso de los grandes pintores, veremos como se clavan, en las almas de estos iluminados, las figuras de Cristo y de su Madre. Ribera y Zurbarán, Murillo y Goya, Morales el Divino, y el asombroso genio de Velázquez, nos dan viva y sangrante visión, de nuestro Señor Crucificado, y El Greco pone su trágico pincel, perennemente triste, para marcar, sobre cárdenos horizontes de dolor, la amarga escena de la Oración del Huerto, el rostro de Jesús en el lienzo de la Verónica, o la acongojada figura de María, en el cuadro de La Piedad.

En el campo de la Literatura, basta con la simple cita de unos nombres: Lope y Calderón, Quevedo y Góngora, Cobos y Alberto Lista, los que nos dicen, por sí solos, cuánto ofrecieron las plumas españolas, en homenaje y gloria, de la Pasión de Cristo. Pero para nosotros extremeños, tiene valor singularísimo, una impresionante composición, de nuestro poeta Gabriel y Galán, porque nos pinta el cuadro exacto, de las escenas que todos vivimos:

Cuando esta fecha caía

sobre los pobres lugares,
la vida se entristecía,
se cerraban los hogares
y el pobre Templo se abría.
Y detrás del Nazareno
de la frente coronada,
por aquél de espigas lleno
campo dulce, campo ameno,
de la aldea sosegada,
los clamores escuchando
del doliente miserere,
iban los hombres rezando,
sollozando las mujeres
y los niños observando.

Y con realismo pleno, dibuja las impresionantes si-
luetas de un desfile procesional.

Y los hombres abstraídos,
en hileras extendidos,
iban todos encapados,
con hachones encendidos
y semblantes apagados.

Hemos llegado, al dulce son de esta música poética, que tiene sabor de campo de primavera, con tomillo y romero y flor silvestre, a la puerta misma, de las evocaciones, de nuestra Semana Santa. Intentaremos penetrar.

No puede definirse la Semana Santa Cacereña, porque es algo que se siente, sin que tal sentimiento pueda volcarse sobre el exterior. Es algo que llevamos muy dentro de nosotros mismos y que guardamos, como pre-

ciado tesoro recibido de nuestros mayores y que se lega intacto de generación en generación.

Cuando cada año nos ofrece la próxima promesa de una anticipada primavera, se abren nuestras almas y hasta parece que se limpian y se disponen a commemorar el Calvario de Cristo.

Llegan entonces a nuestras mentes, nombres y sucesos.... Jerusalén con su Templo de Salomón y sus doctores y sacerdotes y su fiesta de Pascuas.... Jerusalén, centro y corazón de Palestina, encrucijada de todos los caminos, algunos de los cuales quedaron marcados con las huellas de los pies de Jesús.... Betania, Jericó, el Valle del Cedrón, y como escenario Primero de este drama, el Monte de los Olivos y en él, el Huerto de Getsemani.... ¿Habéis meditado, cacerenos, en la física configuración de los escenarios por que pasó Jesús?

* * *

ACOMPAÑADME un instante, — abiertos los ojos del espíritu — , a seguir algunas de sus rutas... La noche del Jueves, en la Salá del Cenáculo, instituye el Señor, el Santo Sacramento de la Eucaristía y después, rodeado de sus discípulos, sale de la Ciudad. Yo no quise apasionarme, yo no pretendo, de ninguna forma, dar a mis palabras, un trágico tinte sensacionalista, pero... ¿hay algún escenario más plenamente similar, para revivir en fervorosa rememoración estos pasejes, que nuestra propia Ciudad y los lugares que la circundan? Sale Jesús de Jerusalén, — que se asienta sobre la plataforma que alzan sus tres colinas — , por una de sus puertas, — la que hoy se llama de San Esteban — : desciende hasta el torrente del Cedrón, cruza su cauce, y toma el

camino retorcido y duro, que remontándose por el Monte de los Olivos, lo conduce al Huerto de Getsemani. Bien sé que en este instante, todos sabriamos recorrer semejante ruta, por nuestras propias calles y cruzar nuestro valle del Cedrón y ascender por nuestro Monte de los Olivos, y sé que todos estamos viendo, como Jesús se postra en oración y cómo desde allí, se ofrecen a la vista los lienzos de murallas que evocan, en la fervorosa fantasía de un cristiano cacereño, las murallas de Jerusalén. Y es que nuestra Semana Santa, es puro y encendido sentimiento de fervores cristianos, porque en cada instante podemos revivir. — en reales escenarios — , una escena cualquiera de la Pasión de Cristo.

Pero si alguien, con sentido de aguda penetración, quiere desentrañar el misterio de la Semana Santa Cácerense: tendrá que coincidir con nosotros, que ésta se aparta de toda posible semejanza con las de otras regiones y es en sí, profundamente austera, henchida de un sentido penitencial que lo traspasa todo, que se clava en el alma de cada cacereño y que lo conduce a la oración, al sacrificio, al más angustiado arrepentimiento.

Desde que el Domingo, entre palmas y ramos, sae por la portada de la Iglesia de San Juan, la procesión que evoca, la entrada de Jesús en Jerusalén, hasta que las campanas de todas las Iglesias y Conventos, anuncian el gloria de la resurrección, Cáceres vive acongojada, triste y fervorosa, cada uno de los instantes que se van sucediendo. Es, como si fuera nuestra Ciudad, un amplio Templo, con su bóveda tachonada de estrechas y cuyos más altos edificios semejaran los brazos que al Cielo se levantan, en suplica de misericordia y de perdón. Es, como si un solo corazón, recogiera el latir de todos los corazones y en una voz sola, se fundieran las plegarias de

todos. Es' como si en esos días, todo fuera oración y ofrenda y promesa y quisiéramos arrepentirnos del pasado y encontrar nuevos senderos, para que Cristo no tuviera que caminar, por nuestras culpas, cargado con la Cruz, por nuevas calles de la Amargura.

PENITENCIA Y PLEGARIA, son las palabras únicas; que yo pondría, sobre el marco en que se encuadrara la Semana Santa Cacereña.

PENITENCIA Y PLEGARIA, cuando en la noche del lunes, llega hasta nosotros, la imagen del Santísimo Cristo de las Batallas, con militar escolta, que nos hace rememorar remotas reconquistas y próximos combates de Cruzadas.

PENITENCIA Y PLEGARIA y cristiana misericordia, ante el paso del Cristo del Perdón y de la Virgen de la Merced, que aún repiten milagros redimiendo cautivos. PLEGARIA Y PENITENCIA y dolor y amargura, cuando en las sombras de la noche, se recorta la silueta de la Santísima Virgen de la Esperanza, que viene a ser, en el conjunto de nuestras procesiones, algo así como si Cáceres un día, se hubiera levantado sobre sí mismo y acercándose a las aguas del Guadalquivir, hubiese arribado, del transparente espejo que ellas forman, un rostro Divino de Virgen sevillana y lo hubiera trasladado hasta aquí, amorosamente, para que pudieráramos recrear nuestro espíritu, en la contemplación de la suma belleza.

PLEGARIA Y PENITENCIA, ante el Cristo de la Buena Muerte, a cuyas plantas offendríanos, la dulce estrofa, que un poeta cristiano compusiera, para otro Cristo igual, que recorre caminos con aires marineros:

Cristo de la Buena Muerte
el de la faz amorosa.

tronchada, como una rosa,
sobre el blanco cuerpo inerte,
que en la madera reposa.

PENITENCIA Y PLEGARIA, y oración fervorosa y profunda, cuando en la tarde del Jueves Santo, se hace templo vivo, a la luz indecisa de un crepúsculo agonizante. nuestra Plaza de San Mateo. Cuando salen, en el denso silencio, que solo hace posible las grandes emociones, los pasos de viejas Cofradías, que remontaron siglos y siglos en la historia de su existencia. Cuando venmos, junto al Santísimo Cristo del Humilladero, — al que prestan escolta los obreros del Espíritu Santo — , a la Dolorosa de la Cruz, obra maestra del arte castellano, que vieno a traer, hasta estas tierras de la Alta Extremadura, el sabor y el valor emotivo, de aquellas otras tierras, que surcan como naves de realismo sin par, las imágenes labradas por la mano de Gregorio Hernández. Cuando los perfiles de las largas filas de graves penitentes, se recorren sobre el severo marco de los viejos palacios, saturados de historia... Cuando las luces vacilantes de los cielos, — al volver la procesión nuevamente a su Templo — , labran sombras y reflejos dorados, sobre el campanario de Santa Clara, y tras las celosías de sus ventanas, adviviamos las siluetas ungidas de fervor, de las monjitas de San Pablo.

PENITENCIA Y PLEGARIA y profundo recogimiento, cuando al filo de la madrugada del Viernes, se encarna, en la portada de Santiago, la figura de nuestro Padre Jesús Nazareno. El Jesús de Cáceres, el que guarda en su corazón, todas las súplicas de generaciones y generaciones, el que vió desfilar ante sus plantas, durante siglos, a cuantos necesitamos del perdón generoso pa-

ra redimir culpas, o de su generoso favor, para evitar o remediar desgracias. Cuando se adentra la procesión, en el impresionante marco de nuestro Barrio Medieval y se proyecta la figura de Jesús, sobre el lienzo de la muralla y a las luces ténues de un angustiado amanecer, vemos, como si fueran inmensos penitentes, las siluetas de nuestras viejas torres, cobramos la sensación auténtica, de estar recorriendo las mismas rutas que recorrió Jesús. Y se diría, que de cualquier esquina, pudiera surgir una mujer piadosa, que enjugara en su lienzo, el sudor del Señor, con el mismo terror que lo hizo la Verónica, y que en la penumbra de un portal cualquiera, pudiese estar María y el discípulo Juan, para apurar la amargura realidad, de ver al Hijo con la Cruz, camino del Calvario.... Y entonces Cáceres se hace Jerusalén y nuestras calles son calles de la Amargura y se acusa con perfecta realidad el sentido penitencial de nuestras Procesiones, que tienen rutas marcadas con las huellas augustas de los siglos y perfumadas con aires de palmeras, como aquellas que perfumaron los senderos que Cristo transitó.

PENITENCIA Y PLEGARIA, en la tarde del Viernes; cuando se abre la Santa Iglesia Catedral de Santa María la Mayor, — ¡Cómo resuenan estas palabras, Santa Iglesia Catedral! — para mostrarnos la plena consumación del Sacrificio, dando paso al Santo Sepulcro, donde reposa el cuerpo inerte de Jesús. Y los hombres de Cáceres, formando largas filas de doliente cortejo, rinden el testimonio de la más emotiva condolencia. Y se díña, que la Ciudad entera, profundamente impresionada, se suma a esta severa ofrenda de dolor y que quiere sentirse redimida por la Sangre de Cristo, volcando ante el paso del Sepulcro Divino, la sincera promesa de su arrepentimiento.

Cuando nuestras mujeres, ofrecen a la Madre que queda en Soledad, el consuelo de su compañía, en aquella commovedora Procesión, que hace su recorrido hasta la Ermita. Yo he contemplado siempre, con emoción intensa este desfile, porque percibía rostros entrecidos, que transformaban su blanca belleza de azucena, en morada belleza de lirio en primavera. Y que contenían el radiante fulgor de su fresca hermosura, bajo el palio español de la negra mantilla.

PENITENCIA Y PLEGARIA, ante Nuestra Señora de la Misericordia, que desfila en el último instante, para que se nos grabe hasta el fondo del alma, la figura augusta de la Madre de Cristo, que es la Madre de todos, y que por todos ofreció los más amargos sufrimientos.

* * *

Hemos llegado, en nuestro imaginario recorrido, al pórtico de las horas de gozo; pero aquí detenemos nuestros pasos. Quede flotando en el aire, el eco de este Pregón, de este mi apasionado Pregón de la Semana Santa Cácerense, en el que no he podido poner más que voluntad: y eso sí, mi alma entera, volcada plenamente en ofrenda de amor, ofrenda que es súplica rendida, en la que pido a Dios, que jamás nos olvide: que escuche nuestras voces, que atienda nuestros ruegos, que derrame sus gracias infinitas sobre todos, y que guarde a su lado, en el Augusto Reino de Su Padre, un lugar, para que allí, postrados de rodillas todos los cacerenos, sigamos adorándole, con el mismo fervor con que ahora los adoramos en la imagen divina de Nuestro Nazareno. — HE DICHO.

PREGONEROS DE LA SEMANA SANTA DE CÁCERES
(1957-2013)

· 1^a ETAPA: COMISIÓN PRO SEMANA SANTA (1957-1978)

<i>Nº</i>	<i>AÑO</i>	<i>PREGONERO</i>
1	1957	Antonio C. Floriano Cumbreño
2	1958	Francisco Elviro Meseguer
3	1959	Juan Pablos Abril
4	1960	Valentín Gutiérrez Durán
5	1961	Francisco Montero Galvache
6	1962	Rvdo. Ramón Cue Romano
7	1963	Antonio Rodríguez Buzón
8	1964	Federico Muelas Santa Cecilia
9	1965	Antonio Ruedas Sánchez-Malo
10	1966	Carlos Calatayud Gil
11	1967	Rafael Duyós Giergeta
12	1968	José Luis de Azcárraga y Bustamante
13	1969	Julio Cienfuegos Linares
14	1970	Rvdo. José María Cabodevilla
15	1971	Rvdo. Nicolás Sánchez Prieto
16	1972	Antonio Lucas Verdú
17	1973	Gregorio Marañón Moya
18	1974	Carlos María Entrena Klett
19	1975	Ignacio Montaño Jiménez
20	1976	José M ^a Crespo Márquez
21	1977	Carlos Murillo Bernáldez
22	1978	Mariano Mariño Fernández